

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERÚ 1537

Valores y giros a A. Barrera

Justificando la violencia

Contrarrevolución preventiva y legalidad fascista

Las facciones políticas que buscaron en la insurrección el medio más fácil para conquistar el poder, se convierten, una vez realizados sus propósitos, en los más decididos puntales del Estado y en los más vehementes defensores de la legalidad. ¿Qué concepto jurídico, social, o simplemente doctrinario, tienen de la legalidad esos elementos subversivos transformados en gobierno gracias a un motín populachero o a un audaz golpe de Estado? Lo legal es para ellos, lo que saciona su "revolución" triunfante; lo ilegal, todo lo que pretenda repetir el mismo golpe, o simplemente constituya una corriente de oposición a los hechos consumados y a los procedimientos que se derivan de la nueva situación social surgida del movimiento subversivo.

Son conocidos los procedimientos ilegales que empleó el fascismo para llegar al poder. El período de contrarrevolución preventiva que señala en Italia la descomposición de los partidos marxistas y el debilitamiento de la fuerza combativa del proletariado, es un conjunto de episodios dignos de épocas de barbarie que ya se creían desaparecidos. El fascismo hizo un dogma de la violencia y un culto salvaje de la fuerza bruta, sin medida y sin control, fuerza de aniquilamiento moral y material que sacó a flote los peores instintos de la animalidad.

La constatación de ese hecho, por lo que significó como punto de retroceso en la cultura de un pueblo, sería suficiente para señalar al fascismo como un movimiento reaccionario opuesto a todo signo de organización civil basada en los mismos principios democráticos de la burguesía.

Los antecedentes del fascismo, que surgió a la vida política como un movimiento esporádico, ageno a las inquietudes espirituales del pueblo y únicamente inspirado en exigencias materiales y en bastardas explosiones de odio, no justifican la posibilidad de un proceso reconstitutivo concordante con la elevación y las necesidades históricas de la nación italiana. Pero eso no es óbice para que los inspiradores de esa sangrienta contrarrevolución preventiva y los mandatarios del nuevo orden social — así lo califican los bien habidos funcionarios del Estado fascista — sostengan que del aplastamiento del proletariado surgirá la energía creadora y la fuerza vivificante de la cancerosa burguesía y como consecuencia el saneamiento

del corrompido organismo social que la sostiene en su decrepitud física y moral.

El fascismo, después de realizar su proceso "revolucionario", quiere oponer el concepto de la legalidad — el patriotismo, el nacionalismo,

solini, tomando de un pelo a la historia de la humanidad, pretende buscar los elementos de juicio que den razón a la violencia del fascismo en el período de la contrarrevolución y a sus actuales excesos de celo legalitario... El fascista Giunta, que

ñor Giunta, "ya no tiene justificación alguna la acción fascista individual, motivo por el cual el fascismo debe reprimir energicamente toda acción criminal, y tal se considere todo acto dirigido contra el fascismo, que es el Estado mismo." Quizá se objete, dice, que el Estado fascista lo es sólo formalmente, puesto que el país está constituido también por elementos contrarios, o por lo menos indiferentes, que ya existían. Pero la substitución debe producirse aunque en forma gradual.

Después de esa especie de lección jurídica que bien pudieran hacer suya todos los aspirantes al poder — incluyendo a los que, como los "comunistas", confían en atraparlos mediante un movimiento insurreccional — el fascista Giunta descubre los propósitos "revolucionarios" que abrigaban otros elementos políticos de Italia antes de que Mussolini tuviera el poder suficiente para aspirar a la jefatura del gobierno. La interesante revelación del fascista Giunta, es la siguiente:

"...En junio del año 1919, coincidiendo con la llegada del señor Nitti al poder, se realizaba en Roma un congreso de ex combatientes. En esa ocasión se intentó persuadir al Congreso de la conveniencia de negarse a reconocer al Gobierno del señor Nitti y de proclamar la Constituyente de acuerdo con el D'Alema, el cual le había expuesto un grandioso proyecto tendiente a la conquista del Poder.

"Según el plan en cuestión el Congreso debía proclamar jefe del movimiento al poeta, quien habría iniciado inmediatamente la acción en la que hubiera participado también Mussolini, a fin de dejar consolidada la victoria. El plan no se llevó a cabo porque el Congreso, proclamándose apolítico, quedó sordo a toda incitación."

En aquel período de descomposición — en la honda crisis provocada por la subversión fascista — nadie respetaba a ley. Y todos los excesos eran justificados, según el curioso argumento del fascista Giunta. Pero ahora el fascismo restauró las leyes y el principio de autoridad que fué el primero en romper. ¿Quiénes, pues, se atreverán a tentar un golpe revolucionario que quite el poder a esos aventureros erigidos en salvadores de la nación italiana?

La justificación de la violencia fascista podría servir de justificativo a toda clase de violencias. Pero es bien sabido que el principio legal que hoy aduce en su favor los jefes de la contrarrevolución, servirá para reprimir a sangre y fuego todo intento de subversión, ya parta de un partido político o sea la consecuencia del descontento popular que va incubando la dictadura de la horda negra.

De la contrarrevolución preventi-

MASCARAS



¿No las vieron en los corsos? (No se aflijan, al fin y al cabo, todo el año es carnaval).

el respeto a las tradiciones religiosas y al mito monárquico que no impidió sus piraterías en los dos años de guerra civil — a las corrientes de opinión contrarias a su brutal y medioeval dictadura. De ahí que el gobierno fascista, haciendo suya la divisa de la intolerancia religiosa y del despotismo político y económico de regimenes desaparecidos, niegue el derecho a la crítica a las fracciones opositoras y pretenda exterminar de Italia toda idea moral que despierte en el pueblo la conciencia de su personalidad y la noción de sus derechos conculcados.

Uno de los lugartenientes de Mus-

es el apologista del gobierno reconstitutor, dice:

"...que el primer período de la acción fascista debía ir necesariamente contra la ley, tanto más cuanto que entonces nadie la respetaba. Hoy, en cambio, pesando sobre él la responsabilidad del Estado, el fascismo debe ser un formidable cumplidor de la ley." Y el citado escaudrista agrega "que no existe antitesis alguna entre el Gobierno salido de la revolución y el orden jurídico que existía anteriormente, por cuanto dicho movimiento revolucionario ha ido contra la degeneración parlamentaria y no contra el sistema constitucional".

Estando así las cosas, según el se-

va, con su secuela de atropellos, crímenes y violencias desenfrenadas, al actual período de legalidad fascista, median unos meses. Y si bien los escuadristas "camisas negras" no renuncian a su sistema de guerra civil y continúan tratando al

proletariado como una presa de guerra, no por eso el gobierno fascista deja de proclamar la "pacificación" de Italia, el restablecimiento de las garantías ciudadanas y el imperio de la ley...

cuales principalmente, cierta disminución de la independencia individual. Pero, aislado con sus propios recursos, el hombre es débil y miserable. La asociación le ofrece los medios de cumplir ciertas labores en las mejores condiciones y con menor esfuerzo. Es, pues, interesante asociarse si no se quiere explotar al prójimo y tener esclavos, cosa que los libertarios no pueden aceptar.

Las tentativas de comunismo práctico realizadas hasta la fecha han dado detestables resultados y los enemigos de la sociedad capitalista no han hecho más que demostrar su incapacidad para llegar a subsistir fuera de ella. Sin embargo algunos de esos ensayos han reposado sobre bases económicas de eficacia. He aquí, a mi juicio, los principales obstáculos de orden material y moral que se han opuesto al éxito.

Falta de afinidad y cordialidad en las relaciones entre los miembros del grupo;

Autoritarismo de algunos camaradas; Capital escaso;

Falta de iniciativa, pereza y no coordinación de esfuerzos, cuya consecuencia es la producción deficiente;

Débiles conocimientos prácticos y en especial agrícolas de los colonos;

Ausencia e insuficiencia del estudio de las necesidades;

Cuestión sexual: Falta de mujeres y los diferentes obstáculos que se oponen a la libre satisfacción del instinto genésico.

Son sobre todo las discordias y la tirantez de relaciones, consecuencia de la falta de verdadera afinidad entre los miembros de la colonia, la causa de la gran dificultad para el desarrollo de tales núcleos libertarios. Sería interesante ver los resultados que daría un grupo compuesto únicamente de amigos sinceros. Debo añadir que el espíritu de tolerancia no es precisamente la cualidad dominante en algunos pretendidos libertarios y admito a estos enemigos de la autoridad a quienes ésta parece sin duda intolerable cuando emana de los demás, pero que quisieran a toda fuerza hacer prevalecer su criterio entre los que conviven.

Es además este un defecto del que todos estamos más o menos afligidos. Poseemos un mal carácter y nos falta espíritu conciliador. Generalmente en una colonia, nadie piensa en hacer concesiones. Y, sin embargo, en la sociedad burguesa, lo sufrimos y aceptamos todo: la explotación, las burrias, la esclavitud, la miseria, todo lo que nos humilla, nos disminuye, nos oprime y nos ahoga.

No me extenderé más sobre las debilidades de los individuos que forman parte de colonias con tendencia libertaria. Son como todos, es decir, humanos y nada más.

Entre las razones que me parecen oponerse al desarrollo de las colonias, insistiré sobre la poca iniciativa, la pereza de algunos y la disgregación de los esfuerzos. Generalmente, cada uno hace su trabajo sin inquietarse del vecino y sin oír la opinión ajena para saber si hay o no interés en emprender tal o cual proyecto y a veces lo que se hace es destruir el trabajo realizado por otros compañeros. Se cambiará, por ejemplo, un montón de piedras para trasladarlo a dos metros de diferencia, perdiéndose así miserablemente el tiempo y el trabajo.

Hemos hecho también alusión a la falta de conocimientos prácticos y agrícolas, a los que la mejor voluntad no puede suplir. Los camaradas que aspiran a crear una colonia deberían primero asegurarse la adquisición de los conocimientos necesarios.

Para que el hombre no sea más el lobo de su semejante y se haga menos canalla, para que los intereses dejen de ser antagonicos, es necesario que aprenda a estudiar sus necesidades, que reduzca sus aspiraciones materiales a justas proporciones. En mi opinión una condición esencial para que la buena armonía pueda reinar en una colectividad cualquiera y en la sociedad en general, es que los individuos sean capaces de dejar sus necesidades ficticias, que tiendan a suprimir toda producción inútil o nociva, de manera que no puedan derrochar sus esfuerzos y hacerse esclavos de aquellos.

Estudiar la vida bajo todos sus aspectos

Buscar de vivirla de un modo racional, en conformidad con las leyes de la lógica y de la naturaleza. Seguir una vida sencilla y no poner lo superfluo antes de lo necesario, tal es mi humilde opinión. Pero jamás acudiré a mi mente la idea de excomulgar o perseguir con mis sarcasmos a un camarada que se alimente o vista de un modo diferente al mío. "Que cada uno rompa su huevo por el extremo que le parezca mejor", decía el sabio del país de Lilliput. Soy de su misma opinión. Que cada uno arregle su vida como crea conveniente y no busque de imponer al vecino sus concepciones sobre la filosofía, la religión o la higiene alimenticia.

En cuanto a la cuestión sexual, es difícil resolverla aún para los individuos más conscientes, por estar fuera de su voluntad. Las pocas aptitudes de la mayoría de las mujeres para vivir más sana y racionalmente han sido motivo frecuente de la crítica y en más de un "medio libertario" las no menos "libres compañeras" que lo formaban han contribuido y no poco a destruirlo.

De todo lo expuesto, concluyo que es mejor evitar asociarse, o no hacerlo más que por absoluta necesidad y en este caso reducir el comunismo a la más mínima expresión. Cuando haya que recurrir a la asociación, no hacerlo sino para el cumplimiento de acciones bien determinadas. Por ejemplo: posesión de la tierra y de las herramientas, trabajo, compra y venta en común, etc. Pero insisto por la habitación y el presupuesto individuales.

El modo de asociación ideal sería el que procurase el máximo de ventajas morales y materiales, garantizando al propio tiempo la mayor independencia económica y moral a cada miembro de la colectividad. Fórmula a encontrar. La de los economistas individualistas: Posesión absoluta de la tierra y de los instrumentos de trabajo, derecho de disponer libremente del producto del esfuerzo individual, obtenido sin explotar a otro, me parece el ideal, al que veníamos tratar de acercarnos. Soy absolutamente partidario de la propiedad individual, producto de mi esfuerzo, porque soy a la par enemigo de la explotación. Creo, sin embargo, difícil realizar esta fórmula integralmente en el estado actual. Ella no excluye además la asociación posible de los intereses individuales.

El punto cuyo estudio me parece más urgente es el de saber sobre qué bases podría ser establecida actualmente una asociación de egoístas conscientes y de qué modo se formaría.

Creo, para terminar, que se debe partir de la propiedad individual para llegar al comunismo. Una vez en posesión de los medios capaces de asegurar la independencia económica de cada uno, nada impedirá la práctica del comunismo entre simpatizantes, por interés y placer de cada uno, por cierto tiempo o para determinado trabajo. Y aún llegar al comunismo integral si resulta agradable y si hemos sido capaces de llegar al punto necesario de perfección para poder vivirlo.

JORDI.

Huye de las jóvenes frívolas y pretenciosas que sueñan con trenes fastuosos, trajes deslumbradores y joyas rutilantes. De cien veces, las ochenta son cortesanas en estado de canuto.

Reserva, en cambio, tus homenajes para las doncellas modestas e inteligentes que donan a los niños y se entregan alegres al trabajo del hogar y a las inexcusables exigencias de la higiene casera. Y ten por seguro que las muchachas cuyo orgullo se cifra en tener la casa como una "tacita de plata" suelen tener también "un corazón de oro".

Ramón y Cajal.

DE PIERRE RAMUS

Libertad e igualdad

(Conclusión)

Una cosa es cierta: una situación de libertad solo puede prosperar bajo condiciones netamente determinadas, de otra manera no. Esta es también la causa por la que hasta hoy no tuvimos en ninguna parte, ni nunca, la libertad: nunca existieron las condiciones preliminares para ella. Ni en su aspecto ético, intelectual o social, ha llegado la humanidad hasta aquí a un grado en el que se pudiera establecer otra cosa que el estatismo y la esclavitud en sus más diversas formas, pero nunca la libertad.

Sin embargo no son sólo necesarias condiciones intelectuales y sociales para la fundación de la libertad humana en su universalidad; también es indispensable una firme base económica. Hombres de la más alta espiritualidad, viviendo en una asociación social ideal, pero hambrientos o condenados por la agravación de sus condiciones de vida al hambre o a largas privaciones, no podrán por mucho tiempo guardar la libertad. La libertad prospera solo allí donde existen las disposiciones previas para ella.

Tan verdad es esto, que no hemos poseído hasta aquí, en la historia de la cultura humana, la libertad, porque los hombres no han sabido aún llenarla con su real contenido económico. Opinaron siempre que era bastante proclamar la libertad, garantizarla en el papel por medio de constituciones, y olvidaron que el hombre no es únicamente un ser de sociedad, es decir, de asociación social, sino que ante todo es un ser económico, dotado de necesidades físicas. En primer lugar acude a la satisfacción de las últimas. Sin comer no puede filosofar el espíritu y el hombre muere. Y por consiguiente debían las revoluciones del pasado, con inclusión de la bolchevista, empezando desde 1789 hasta nuestro tiempo, perder siempre los frutos de sus a menudo sublimes ideales, porque no poseyeron la fuerza constructiva para llenar sus abstracciones espirituales con un contenido económico.

La libertad es imposible sin el correspondiente fundamento económico. ¿Y cuál debe ser éste? Puede ser sólo uno que esté en positiva armonía con los principios de libertad.

Se trata por esto de encontrar una base económica para la libertad, que dé a todo individuo, en su peculiaridad y en su particularidad, la posibilidad completa de desarrollo económico, es decir, una condición económica en que cada individuo esté libre de toda violencia, de todo encadenamiento, de todo dominio, o sea, de la explotación.

Tal situación de la libertad económica debe, para ser fiel a sus principios esenciales, ser ajena a todo monopolismo, a toda autoridad económica, y, por consiguiente, a todo deseo de dominio de los capitalistas sobre los esclavos del salario.

Todas estas condiciones puede llenarlas únicamente por completo el anarquismo comunista.

Libertad y comunismo se complementan mutuamente del modo más feliz. El comunismo forma la realización económica de la libertad cuando es establecido sobre la base de un libre y recíproco acuerdo, por lo cual es el leitmotiv más elevado de la vida social. Así como la libertad es verdaderamente la ausencia de dominadores, el comunismo, limitado al dominio social-económico, significa la ausencia de todo monopolismo, quiere decir la ausencia de dominadores económicos, o sea de patrones explotadores.

Y la aspiración a la liberación de la humanidad de los lazos de la esclavitud, depende de la prueba de la posibilidad de realización de este solo hecho: el hombre es capaz de vivir sin dominadores, moverse y ordenar sus diversas relaciones sociales de acuerdo con la más racional autodeterminación y dignidad; pero más bien y más seguramente es capaz de obrar sin el látigo de los tiranos económicos, sin el azote del hambre, propio

del capitalismo monopolista, de crear sin la esclavitud del salario las relaciones económicas de la sociedad.

Lo primero se refiere a la libertad en las relaciones, lo último al comunismo en la relación económica. Ambos contienen la solución de un solo y mismo problema. El hombre debe vivir en libertad social y económica.

* *

La más importante objeción que se podrá levantar contra la libertad absoluta, sería la prueba de su imposibilidad. Esta objeción se levantará, no por medio de algún elemento de prueba, sino más bien por la afirmación de que la igualdad y libertad son adversarias incompatibles; puesto que el comunismo significa la igualdad sería en sí imposible en un estado libre de la sociedad, que debe ser fundado en la reconocida desigualdad de los individuos, de la cual debe resultar necesariamente la subordinación. Por este motivo no sólo es el comunismo una pura imposibilidad, también la libertad sería posible en una medida limitada, en concordancia con la categoría social a que pertenece el individuo según la diversidad de su poder y su carácter.

Fundamentalmente, estos modos de pensar llegan a ser justificados en la mayoría de los casos con argumentos de las ciencias naturales. Partiendo de la conocida frase de Darwin, según la cual nin-

guna hoja de un árbol es parecida a una segunda hoja, se derivará de un modo cautivador la diferenciación en la sociedad humana, de cuya desigualdad resulta la gran ley: libertad e igualdad no pueden nunca existir juntas, ni una por la otra; allí donde existe la libertad debe existir la desigualdad, donde existe la igualdad no puede existir la libertad. Y el resultado es que los apologistas de la desigualdad, llevando fácilmente la prueba estricta de que ella existe hoy, concluyen que tenemos que ver en la sociedad presente una situación de la más alta libertad posible.

Para tratar esta argumentación científicamente, serían necesarias más ampliaciones de especie sociológica y de las ciencias naturales, las que doy en otra obra. (1) Aquí se trata sólo de demostrar que el comunismo y la libertad no son adversarios, es decir, en qué sentido el comunismo anárquico expone el principio de igualdad.

* *

El comunismo anárquico no niega que la pretensión de la igualdad absoluta, — muchas veces promovida por el comunismo autoritario de los tiempos antiguos como de los nuevos tiempos — es una utópica exaltación y hasta no es hermosa. Completa igualdad equivaldría a un sistema inmóvil de reglamentación y de disciplina incompatible con toda posibilidad de desarrollo individual. Pero éste deberá especialmente ser garantizado de un modo fundamental por el comunismo anárquico.

Fijemos ésto y opongamos de una vez por todas a la objeción ridícula que se nos ha hecho tan frecuentemente de que queremos la más yerma nivelación de todos los hombres, el rebajamiento de los

mismos a un nivel de cuartel, sin diferencia ni gradación entre los igualmente situados. No, esta no es nuestra aspiración. También sabemos exactamente que los hombres son distintos en su exterior, en su descendencia, en su poder y en su carácter, y está lejos de nosotros el desconocimiento del hecho incontestable que también prevalecerá en el futuro esa diferenciación, hasta que, seguramente, bajo condiciones libertarias, podría multiplicarse y también depurarse.

Pero todo esto no puede cambiar el gran hecho fundamental que destruye toda objeción: ya hermoso o feo, recto o jorobado, genial o mediocre, fuerte o débil, hábil o inhábil — todo hombre es, en primer lugar, por naturaleza, como todos sus semejantes, igualmente nacido, igualmente creado hombre. Por distintos que puedan ser los hombres entre sí, están unidos todos de igual modo por la común dignidad humana, por la esencia humana que los reúne en una más alta unidad de humanidad. En el fondo, las diversas características que los separan unos de otros son insignificantes pequeñas, accesorias, en consideración y en comparación a las cualidades comunes a todos. El hombre es el hijo del mismo secreto de la creación y del acto femenino de la concepción, y por consiguiente, son las necesidades físicas de todos orgánicamente iguales, todas dependen de los mismos impulsos de hambre y de amor, los más poderosos del proceso de la vida, cuyos involuntarios sucesos forman una unidad común que asocia entre sí a los seres humanos. Y el profundo acontecimiento de la conciencia, del proceso del pensamiento, de la verificación funcional orgánica, de la vida sensual en general, todo lo que eleva al hombre como especie sobre el animal y le ennoblece como hombre, — ¿no es todo eso la innegable igualdad de lo humano, que en su diferencia individual de desarrollo solo puede reclamar el más amplio e igual derecho a la existencia? Es así, y con eso hemos llegado también al concepto de que el comunismo anárquico es establecido sobre el ideal de igualdad.

La ausencia de la igualdad es para el comunismo anárquico un derecho igual en el que todos los hombres descansan, y por el que son garantizadas a todos las posibilidades de acción y de desarrollo. Cómo aprovechar o aplicar éstas, eso es cosa que depende del carácter individual, el cual, naturalmente, es muy variable. Pero igualar el carácter no es de ningún modo imaginable. Vale sólo ésto: garantizar a todos los seres humanos igual derecho al empleo de todos los beneficios de la sociedad, porque todos ellos forman el complejo de los mil veces variables esfuerzos de los miembros individuales de la misma. Esto acontecerá en una sociedad en que predomine un fundamental derecho valedero igualmente para todos, en el cual se basa toda la vida y el movimiento, desarrollándolos y regulándolos.

La idea jurídica del principio de igualdad en una sociedad anarquista comunista, es la siguiente:

1.—Cada hombre posee igual título a la riqueza de los bienes sociales en la medida en que él y los suyos necesitan para la satisfacción de sus necesarias exigencias vitales.

2.—Cada hombre es libre de emplear sin tributo los instrumentos naturales de su profesión, individual o colectivamente, es decir, personalmente o en libre asociación con otros.—profesionalmente o de otra manera—dependientes entre sí o ligados por su comunidad de intereses, y

(Termina en la página 6)

ENSAYOS

Colonias, individualismo y comunismo

Librarse de la explotación y vivir lo más independiente posible es la aspiración de todo buen libertario, que pone toda la voluntad en realizarla, más esta liberación parece alejarse más a medida que una a una van cayendo las ilusiones sobre los hombres y las cosas.

Los obstáculos que en mi pensamiento y en la práctica parecen oponerse a tan buen deseo, voy a tratar de resumirlos en estas líneas:

Primero la falta de capital, punto primordial, en el que no es preciso insistir porque harlo sabido es que en esta sociedad todo es compra-venta y que sin dinero el hombre se encuentra reducido completamente a la impotencia.

¿Por qué medios podemos libertarnos? ¿Quedándonos en la sociedad o alejándonos de ella?

Por mi parte, la respuesta es terminante; no puedo vivir fuera de la sociedad de mis semejantes, por poco simpáticos que ellos me sean, por la sencilla razón de que mis pies reposan en la tierra. Puedo muy bien abstraerme por el pensamiento, pero la realidad me ata y no quiero, por tanto, perder el tiempo en la consecución de un objetivo que no existe.

¿Debo, para libertarme, vivir en la ciudad o en el campo?

Ciertamente, en la ciudad la vida es más complicada y artificial. Así yo creo preferible la vida del campo, sin olvidar por eso que en las ciudades se encuentran ciertas comodidades que faltan por completo en plena naturaleza.

Más si soy partidario de una vida más racional y cercana de la naturaleza, no lo soy en modo alguno del salvajismo, por la razón que encuentro la civilización moderna superior, a pesar de todos sus inconvenientes, a la de la edad de piedra. Siempre me he reído de los naturalistas salvajistas que sueñan en vivir desnudos en pleno bosque y continúan habitando en piezas insalubres y viajando en el subterráneo. Estos entes no son sino iluminados.

Además, aún suponiendo que en la selva se encontrasen bananas u otros frutos en cantidad suficiente para nutrirse, que la dulzura del clima permitiese la desnudez y una vivienda rudimentaria, la existencia en tales condiciones no sería menos miserable.

El hombre no sólo vive de pan, ni frutas. Tiene, además de su alimentación, muchas otras necesidades que satisfacer. Bajo pena de ser condenado a vivir vegetativamente, le es preciso ejercer sus facultades intelectuales. Tiene, pues, necesidad de relacionarse con sus semejantes, para cambiar ideas y recibir de ellos los productos destinados a asegurar su existencia o embellecerla.

Existe un medio práctico de cambio entre los hombres: el dinero y, puesto que es universalmente adoptado, forzoso nos es recurrir a él, aún a pesar nuestro. Ganar dinero, he aquí la gran cuestión para todos. Necesitaré, pues, si soy agricultor, producir más de lo que puedo consumir, lo que venderé y con cuyo dinero me será posible procurarme todo lo que yo no puedo producir con mi industria.

Los principales puntos a resolver serán:

Primero, disponer de un capital suficiente, puesto que con dinero se obtiene todo lo demás.

Después, encontrar un emplazamiento conveniente.

¿Se instalará uno en una propiedad privada o en una de las colonias o concesiones del gobierno?

Las gentes que viven en esas colonias no deben ser más interesantes que las de otra cualquiera parte.

Es preciso tener presente que, en todo caso, es preciso no alejarse demasiado de las poblaciones y de los grandes vías de comunicación (carretera, vía férrea, río navegable) para la facilidad de los cambios. ¿Cuenta uno trabajar solo o asociado con otros?

La asociación presenta ventajas y también numerosos inconvenientes, entre los

PAGINA DE ARTE

La decoración del libro

Es una opinión admitida en todos los tiempos, que un texto, manuscrito o impreso, gana al ser decorado. Los miniaturistas e iluministas de la edad media y del Renacimiento, han dejado páginas historiadadas cuya vista es, tanto para el ojo como para el espíritu, un raro placer. Esas páginas tienen, en la hora actual, el valor de una bella enseñanza.

tuna. Arriesga no acordar con la sensación del lector, más que libre de imaginar distintamente héroes y episodios; fastidia todavía más, seguramente, a la meditación de los apasionados que le reprochan de interponerse entre ellos y el pensamiento del autor.

La ilustración literal, que no es sino la fijación del incidente novelesco, com-

original, cuyas cualidades de encanto y de distinción son de tan rara esencia, que es difícil concebir en otro forma ciertos tipos o ciertas escenas que han interpretado. Pero esto es la excepción, y se comprende perfectamente el pudor de la familia de Eugenio Fromentin rehusándose a permitir la interrupción de las confidencias de *Domínico* con indiscretas siluetas.

Es decir, entonces, que un bello libro debería, únicamente, hacer residir su encanto en su tipografía bien cuidada y en algunos adornos habilmente colocados. Es necesario recordar que una de las más célebres obras que honran al arte tipográfico, y que es, por otra parte, un manual técnico, obtiene su rara belleza del solo maridaje de la letra con las guardas y florones que la acompañan. Nos referimos a *Champfleury o arte y ciencia de la verdadera proporción de las letras*, publicado en 1529 en París, en lo de Gilles de Gourmont, por Geoffroy Tory de Bourges.

¿qué es lo que se necesita para hacer un buen libro?

Un editor ilustrado y artista que coordine el esfuerzo de todos sus colaboradores, como el director de orquesta acorda cobres y violines; un fundidor de caracteres que provea tipos de acuerdo con el espíritu de la obra; un impresor experto; y sobre todo artistas — dibujantes, grabadores — bien compenetrados de su rol y capaces de colaborar íntimamente para el mayor éxito del volumen en preparación.

El rol de creador de imágenes no es mediocre: "Debe ante todo traducir plásticamente la idea de un escritor, sin traiciones y sin vulgaridad. Es una lucha entre él y el autor; pero mientras el autor ha podido elegir su asunto, él está obligado a supeditarse al asunto que se le impone.

Tiene también que prever el efecto de sus dibujos en la compaginación.

En cuanto al grabador, es preciso que haga librecas sus ilustraciones, es decir,

pueden tirarse conjuntamente con la composición. Además, es el único que da en la impresión blancos puros y negros vigorosos, que tan bello efecto hacen en las buenas impresiones tipográficas.

En los comienzos de la imprenta, únicamente el grabado en madera decoraba los libros. Más tarde, con el cambio del gusto artístico, cuando la sencillez y frescura de los primitivos fué suplantada por la afectación y rebuseamiento de la decadencia del Renacimiento, se adoptó el grabado en talla dulce, que tuvo la fortuna de tener grabadores originales, maestros insignes como Callot, Gaultier, Bosse, Le Clerc. Estos prepararon el advenimiento del aguafuerte, que triunfa durante todo el siglo XVIII. Gillot, Boucher, Gravelot, consiguen el *tour de force* de combinar, fuera texto, y a veces arriba y debajo de los capítulos, ilustraciones de tonalidades tan ligeras, que armonizan admirablemente con los tipos delgados de la época. Ilustraciones elegantes, espirituales y que, propias de la época, solo el aguafuerte o la talla dulce es capaz de dar.

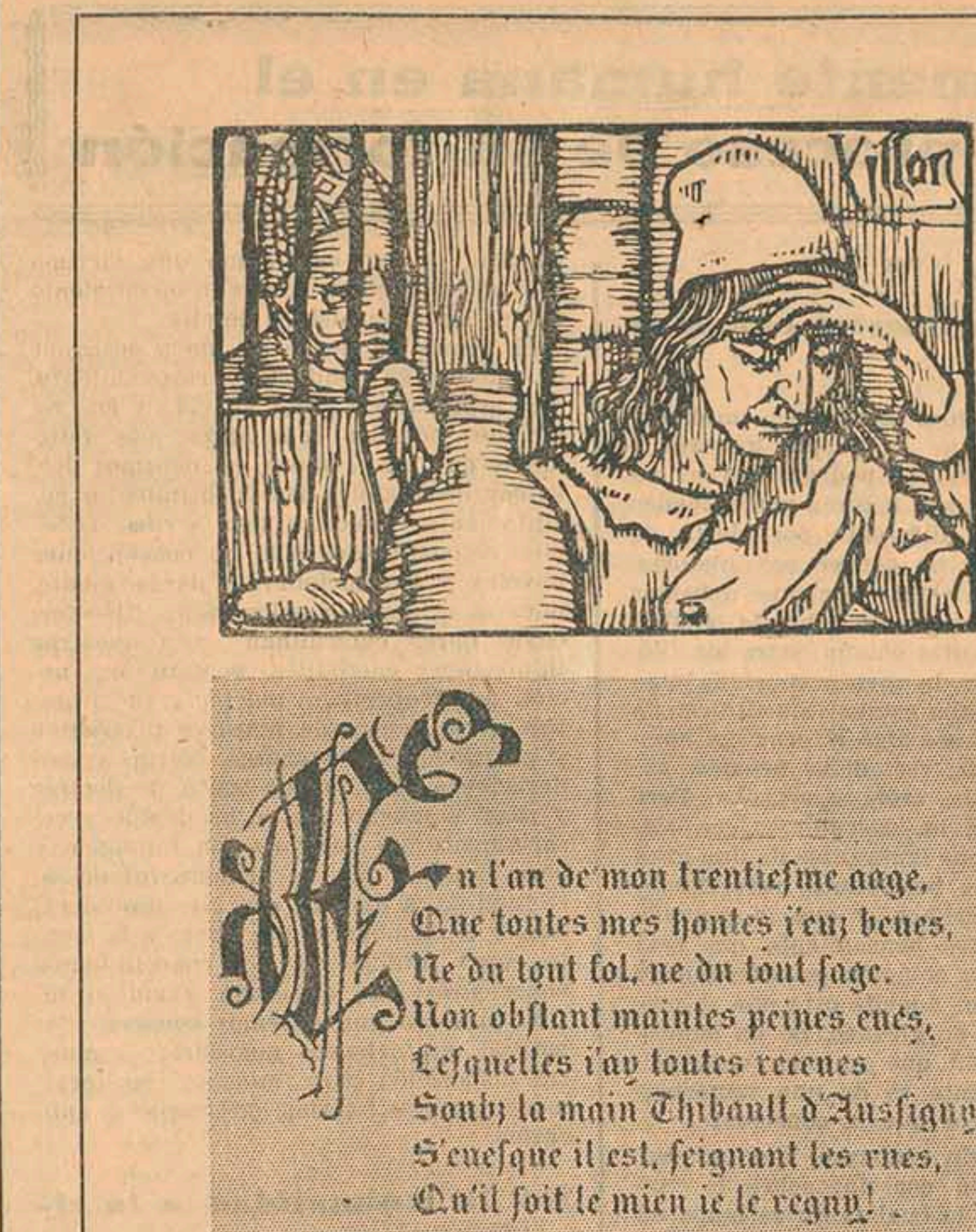
Después vino la litografía, pero ella tuvo el mismo inconveniente que el grabado en cobre: no puede imprimirse conjuntamente con el texto; de allí una gran dificultad para armonizar el conjunto. Por otra parte, los procedimientos fotomecánicos y cromográficos tampoco realizaron obras notables y menos aún pudieron alcanzar al grabado en madera ni a la amabilidad del aguafuerte.

El libro se industrializó y se hizo vulgar y ramplón. Pero la industria hizo renacer el grabado en madera y, con el renacimiento del grabado en madera comenzaron también las tentativas de ilustrar artísticamente los libros, en ediciones de lujo y, naturalmente, de poco tiraje, cuya influencia no ha trascendido.

Tanto en Inglaterra como en Francia, en este orden se ha trabajado mucho, los resultados han sido apreciables. Artistas notables se han distinguido en esa rama del arte. Por otra parte ese esfuerzo siguió los impulsos de las nuevas teorías de arte decorativo, que, si en Inglaterra puede utilizarse en las doctrinas y realizaciones prácticas de un Willian Morris, en Francia, entre la legión de grabadores y artistas que lo promovieron o secundaron, como Lepere, Walloton, Nudin, Bernard, Bertrand, Daragués, Simón, etc., se puede con bastante justicia atribuir el esfuerzo doctrinario de un Gasset, que resume, en cierta manera, la modalidad característica del espíritu latino, en principios fundamentales de observación y de lógica.

En resumen, el libro, como toda obra de arte, debe ser un total armónico. Sus componentes: texto, tipo, ilustraciones, papel, deben supeditarse al efecto de conjunto, determinando, en este caso, también, por el elemento primordial, el texto. Además, todo debe obedecer a las necesidades del medio de expresión: la tipografía. Es decir, decorado únicamente con medios tipográficos.

El arte así comprendido no cuesta dinero, es cuestión de conocimiento, de buen gusto en el editor. Una buena composición tipográfica en una tapa, es decir, letras y espacios distribuidos, claridad, sencillez, valen más, pero infinitamente más que los alambicados mamarrachos que estamos hartos de ver en las carátulas de libros y folletos. Y lo mismo dígame de las páginas del texto, generalmente atiborradas de letras, sin márgenes adecuados ni espacios suficientes.



Bernard — Página de una edición de Villón. El texto como las ilustraciones están grabados en madera y en un ajustado carácter antiguo.

El texto como las ilustraciones están grabados en madera y en un ajustado carácter antiguo.

EL ARTE CONVERSACIONES DE RODIN

El pensamiento en el arte

A mi ver, no hay regla que pueda impedir a un estatuero crear una bella obra a su gusto. Qué importa que sea escultura o literatura, con tal de que el público encuentre en ella provecho y placer? Pintura, escultura, literatura musical, están más próximas entre ellas de lo que se cree generalmente. Todas expresan los sentimientos del alma humana frente a la naturaleza. No son sino los medios de expresión los que varían.

Pero si un escultor consigue, con los procedimientos de su arte, sugerir impresiones que procuran ordinariamente la literatura o la música, ¿por qué reprochárselo? Un publicista, criticando mi *Victor Hugo*, decía que eso no era escultura, sino música. Y agregaba ingenuamente que esa obra hacía pensar en una sinfonía de Beethoven. ¡Ojalá fuera cierto!

No niego, por otra parte, que no sea útil meditar sobre las diferencias que separan los medios literarios de los medios plásticos.

Por lo pronto, la literatura ofrece la particularidad de poder expresar ideas sin recurrir a imágenes. Puede decir, por ejemplo: que la reflexión profunda con-

ducen frecuentemente a la inacción. sin necesidad de figurar una mujer pensativa puesta en la imposibilidad de moverse.

Y esta facultad de manejar las abstracciones por medio de las palabras concede, probablemente, a la literatura ventajas sobre las otras artes, en el dominio del pensamiento.

Es de notar, además, que la literatura desarrolla historias que tienen un principio, un medio y un fin. Encadena varios acontecimientos de los cuales extrae una conclusión. Hace accionar a los personajes y demuestra las consecuencias de su conducta. Así las escenas que evoca se refuerzan con la sucesión y no toman realmente valor, sino en razón de la parte que tienen en el progreso de la intriga.

No sucede lo mismo en las artes de la forma, que no puede representar sino una faz de una acción.

He ahí por qué los pintores y los escultores quizá se equivocan tomando sus asuntos de los escritores, como lo hacen a menudo. El artista que interpreta una parte de una narración, debe suponer, en efecto, conocido el texto. Su obra necesita desarrollarse sobre la del escritor, y no adquiriere todo su significado sino se la aclara o completa con los hechos

que preceden o los que siguen.

Ante los "Hijos de Eduardo", que ha pintado Delaroché inspirándose en Shakespeare, ante los dos niños apretados el uno contra el otro, es necesario saber, para interesarse en el espectáculo, que se trata de los herederos de un trono, que están encerrados en una prisión y que sicarios, enviados por un usurpador, van a surgir al instante para asesinarlos.

Cuando Delacroix, ese genio que me excuso de citar al lado del mediocre Delaroché, toma de un poema de lord Byron el asunto del *Náufragio de Don Juan*, pintando sobre un mar agitado una embarcación donde algunos marineros sacan de un sombrero trozos de papel, es necesario saber, para comprender la escena, que esos desgraciados hambrientos están (irando a la suerte para saber quien de entre ellos servirá de alimento a los otros.

Por lo tanto, tratando asuntos literarios, estos dos artistas han cometido la falta de pintar obras que no tienen en sí mismas su sentido completo.

Y sin embargo, mientras que la de Delaroché es mala, porque el dibujo es frío, el color duro, el sentimiento melodramático, la de Delacroix es admirable, porque esa barca cabecea realmente sobre las olas glaucas, porque el hambre y la angustia se pintan tragicamente en los rostros convulsivos de los naufragos, porque la furia sombría de su colorido anuncia algún crimen horrendo, porque, en fin, si el relato de Byron se encuentra todo trunco en ese cuadro, en cambio, posee enteramente el alma febril, feroz y sublime del gran pintor.

Moraleja de estos dos ejemplos: cuando, después de una madura reflexión, Vd. expone, en materia de arte, las prohibiciones más razonables, podrá legítimamente reprocharle a los mediocres el no respetarlas, pero se encontrará sorprendido observando que los genios las infringen casi impunemente.

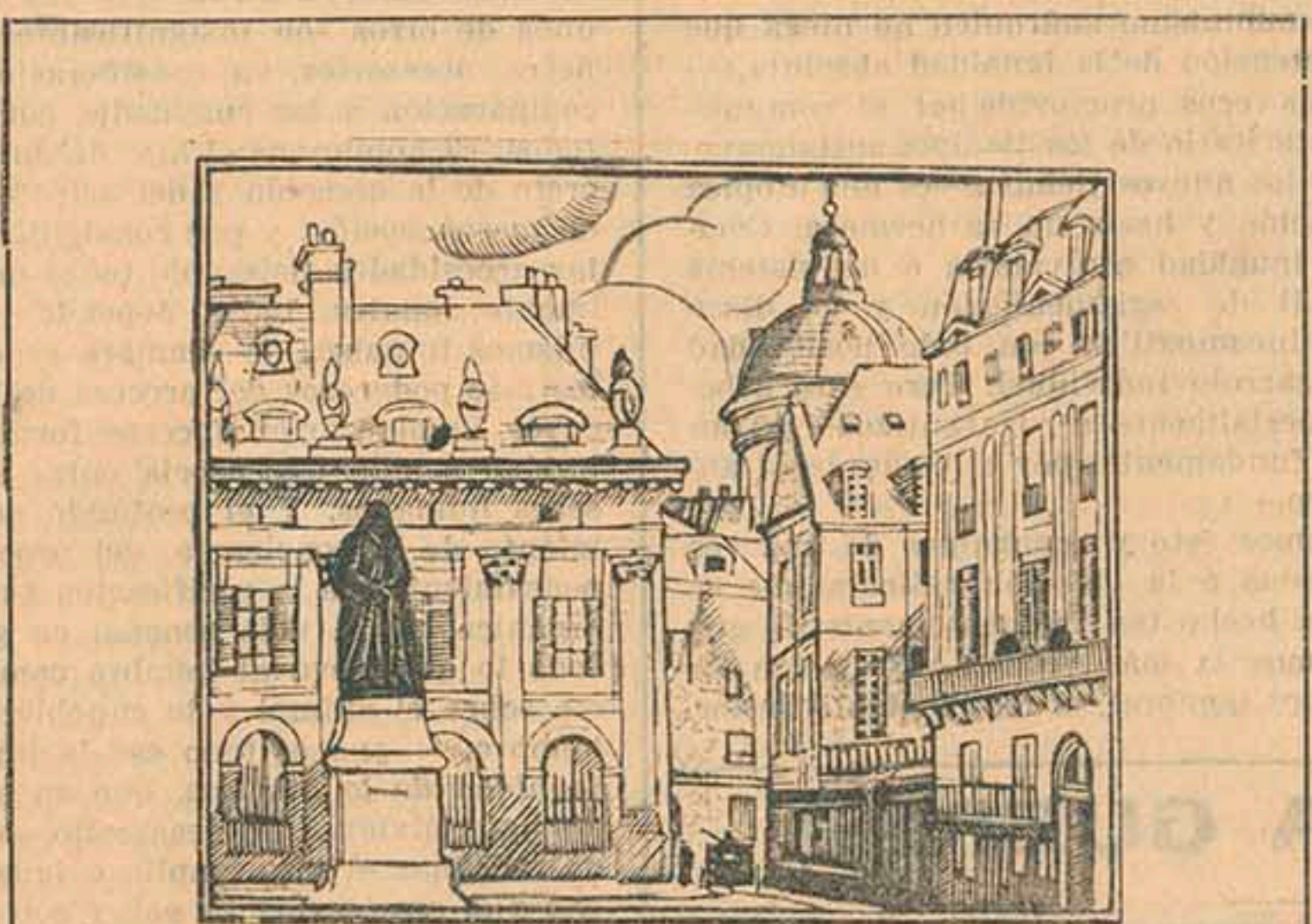
Ciertamente que, cuando un asunto literario es muy conocido, el artista puede tratarlo sin temor de no ser comprendido. Sin embargo creo que es mucho mejor que las obras de los escultores y pintores lleven siempre en sí mismas todo su interés. El arte puede, en efecto, suscitar el pensamiento y los sueños, sin recurrir a la literatura. En lugar de ilustrar escenas de poemas, puede utilizar simplemente símbolos claros que no interpretan ningún escrito determinado.

Ese ha sido mi método y me ha ido bien con él. A ese género de obras pertenecen mi "Nusión" y la "Centaura".

Este tema es de orden, el pensamiento creo que se lee sin esfuerzo. Despiertan, sin recursos extraños, la imaginación de los espectadores. Y sin embargo, lejos de encerrarla en límites estrechos, le da el impulso para vagabundear a gusto. Ahora bien, a mi ver, en eso reside el rol del arte. Las formas que crea, no deben proporcionar a la emoción sino un pretexto para desarrollarse indefinidamente.

En resumen: no se debe atribuir demasiada importancia a los temas que se interpretan. Sin duda la tienen y contribuyen a encantar al público; pero el cuidado primordial del artista debe ser el de modelar musculaturas vivientes. Lo demás importa poco; Y no se crea que estas últimas palabras contradicen lo que he dicho antes.

(Continuará)



L'ES MONSTRES

es personnes qui m'ont dit ne se rien rappeler des premières années de leur enfance n'ont beaucoup surpris. Pour moi, j'ai garde de vifs souvenirs du temps où j'étais un très petit enfant. Ce sont, il est vrai, des images isolées, mais qui, par cela même, ne se détachent

Simeon — Una página de "El libro de mi amigo".

El mismo deseo de alegrar sus obras obsesiona a los primeros tipógrafos, aunque con los caracteres de imprenta solamente, de un dibujo, casi enseguida excelente, compusieron libros de una ejecución tan perfecta, con los negros y blancos tan bien repartidos, que a nosotros nos asombra que ellos pretendieran todavía más. Sin embargo aumentaron pronto el interés de sus impresiones agregando letras adornadas y figuras relacionadas, más o menos estrechamente, con el espíritu del texto. La ilustración pura ha suplantado después esa gentil ornamentación. Hasta se conquistó tal lugar que, desde hace años, la expresión "bello libro" implica generalmente la presencia de numerosas imágenes.

Sin embargo, por la misma razón de la cualidad de espíritu de los que abren el volumen, es permitido decir que a menudo, la ilustración tal cual se entiende, es decir, siguiendo estrictamente el texto y hasta aumentando su ironía, su dramatismo, o su sensualismo, es inopor-

porta por otra parte numerosos riesgos. El dibujante no aferra siempre las particularidades del texto que interpreta, — se citan confusiones muy singulares. Además, en lo que respecta a los personajes, los artificios de los trajes y la riqueza del mobiliario, el ideal cambia en cada época. En el teatro, a cada nueva *reprisè* de *La dama de las Camelias*, ¿no debe aumentarse la cifra de los gastos, corregir detalles de toilet y de amueblado? Es, por lo tanto, un poco peligroso imponer demasiado estrechamente un tipo, un traje, y evocar una suntuosidad destinada irremisiblemente a parecer de mal gusto o ridícula. Existen, por ejemplo, firmadas con nombres respetables imágenes contemporáneas de Luis Felipe o de Napoleón III, que parecen, con el tiempo andado, de una cómicidad completa.

Sin embargo, en su tiempo han evocado, con su novedad, el amor, la riqueza, el refinamiento de las maneras. Por otra parte hay artistas cuya visión es tan



A FONTANES

J'arrive de Naples, mon cher ami, et j'avous porte un fruit de mon voyage, sur lequel vous avez des droits: quelques feuilles du laurier du tombeau de Virgile. Tenet nunc Parthenope. Il y a longtemps que j'aurais

Dethomas — De "La campaña Romana" de Chateaubriand

Pero los tiempos han cambiado. Después de muchos siglos, la ilustración prima sobre la decoración. En la hora actual, sin embargo, el libro decorado, únicamente decorado con medios tipográficos, tiende a volver en favor, se considera como artísticamente realizada toda publicación cuya tipografía, florones, figuras, papel, tapas, hacen un todo armonioso y sobre todo rico. Con este concepto,

que armonice las líneas y colores con la impresión. Los medios son el grabado en madera — muy tipográfico — o el grabado en cobre — buril o aguafuerte, de apariencia más preciosa.

La madera es el medio preferible, y tiene sus títulos de nobleza. A él recurrieron en la edad de oro de la imprenta. Porque solamente él ofrece la comodidad de ornamentos y figuras en relieve que

LIBERTAD E IGUALDAD (conclusión)

de aplicar los productos de su trabajo según su placer personal o según acuerdo social. Ese derecho forma la condición fundamental de lo que en el comunismo anárquico es llamado igualdad, en el que existe de igual modo para todos la situación vital.

3.—La igualdad significa en la sociedad comunista anárquica una solidaria base de derecho para todos, que asegura a cada miembro de una tal organización social un título igual a una existencia satisfactoria, como también la actividad productiva en todas las relaciones, libre de impuestos y de tributos. En estos dos puntos cardinales de la vida personal y colectiva consiste, dentro del comunismo anárquico, la base absolutamente igualitaria del derecho para todos.

Fuera de eso, no. Personalmente, en la manera de vestir, en el modo de vivir, en el método de trabajo y en la medida del consumo, en las diversas relaciones de producción y de consumo, serán los hombres completamente distintos en su modalidad y en su situación. Solo que los anteriores principios generales le son impuestos como inseparables, inviolables principios de derecho, de los que resulta aquella situación de igualdad para todos los miembros de la sociedad que garantiza a cada uno la más variada diversidad de caracteres y la libre y espontánea acción para todos.

Esta es la tan difamada igualdad a que aspira el comunismo anárquico. Y este principio de una armónica e igualitaria garantía de la satisfacción de las necesidades de la vida para todo individuo, a lo menos en sus exigencias humanamente dignas, con lo que sería posible a cada uno llevar una existencia feliz, sin inquietudes; un tal principio de derecho, igualitariamente establecido a favor de todos, ¿debería estar en flagrante contradicción con el principio de la libertad?

Ese sería sólo el caso si no tuviesen todos los hombres las mismas funciones del estómago, del cerebro, en general, de los procesos químicos de la vida. Pero no se ha probado que no poseyeran esas funciones en sus operaciones orgánicas, especialmente involuntarias. Mientras el principio de igualdad de la naturaleza haga participar en ellas a todos los hombres, deberán las funciones de ese ejercicio orgánico fundamentarse en tal base que no se obstaculicen unas u otras, antes bien, que exijan que el hombre no ponga ningún obstáculo en el camino del hombre, y que estén abiertas y a libre disposición de todos, el conjunto de las posibilidades de la sociedad.

Por eso no existe entre la igualdad como la considera el monismo anárquico, y la libertad, ninguna especie de oposición. Cuanto más podamos profundizar la libertad, tanto más comprenderemos que es la que implanta esa reconstrucción del derecho general natural del hombre sobre una base igualitaria para él en todas sus exigencias.

La libertad no cultiva la diferenciación negando o reteniendo a numerosos seres humanos su derecho a la vida; antes bien, hace posible y deja igualitariamente toda ventaja de naturaleza social a la diferenciación individual, en tanto que ofrece a todos la satisfacción de las necesidades más vitales. Nunca en la libertad se necesitaría crear una relación de desigualdad en que los hombres se perjudican mutuamente, lo cual llevaría de nuevo al nivel igualitario de la miseria. La libertad y la igualdad están en la conexión más íntima con los elementos de la esfera natural de la vida, puesto que ayudan a elevar a todos los hombres al nivel de la prosperidad y del bienestar.

A la luz de este conocimiento la palabra igualdad no es una mera frase. Es un concepto exactamente científico que expresa brevemente la base de actividad del individuo en el espacio social de la libertad, dejando justa y naturalmente a las diversidades individuales su expresión.

Pierre RAMUS

(1) "Estado, hombre y sociedad."

La mente humana en el proceso de su formación

(Conclusión)

El foco de nuestra conciencia.

Lo que llamamos la mente o inteligencia humana tiene su propia historia y aquel que la conoce podrá observar su estado actual y sus futuras posibilidades en forma muy diferente por cierto de aquel otro que no conoce esa historia. Pero antes de seguir adelante debemos detenernos un momento sobre la palabra "mente". Era antes común entre los filósofos pensar de la mente como de algo que se relacionaba exclusivamente con la conciencia. Era ese algo interno del hombre que percibía, recordaba, pensaba, razonaba, entendía, creía y actuaba. Pero últimamente se ha descubierto con claridad que vivimos ignorantes de una gran parte de lo que percibimos, recordamos, hacemos e inferimos, y que la pequeña parte de nuestro pensamiento que está al alcance de la atención es determinada grandemente por aquella otra que se prolonga fuera de su alcance. Se ha demostrado en verdad que nuestra vida psíquica inconsciente es de una importancia mucho mayor que la consciente.

Me parece, sin embargo, que no hay ningún misterio especial sobre lo "inconsciente", de lo cual tanto se habla en estos días, y con justa razón por cierto. Está compuesto de todos los olvidados pensamientos, experiencias e impresiones del pasado, que continúan influenciando nuestras reflexiones y nuestra conducta, aunque quede fuera de nuestro poder el recordarlos. Lo que podemos recordar es, en verdad, solamente una parte infinitesimal de todo lo que nos ha ocurrido en la vida. Aún más, marchamos siempre hacia el olvido de aquellas cosas que nos tienen completamente acostumbrados, pues el hábito nos ciega en su presencia. Así, pues, lo olvidado y lo habitual constituyen una buena parte de lo inconsciente. Existe luego la larga serie de impulsos corporales, desechos ocultos y alteraciones constantes del cuerpo, hechos todos ellos que no podemos estar continuamente registrando, pero que influncian nuestro pensamiento consciente sin que nosotros lo percibamos.

La mente está en verdad tan íntimamente asociada al cuerpo que bien podemos realizar hoy la imposibilidad de comprender lo uno sin lo otro. Los viejos filósofos creyeron poder estudiar la mente como mente, y Kant tituló su famosa obra "Una Crítica de la Razón Pura". Pero para el psicólogo moderno la razón pura es tan mítica como el oro puro transparente como un cristal, que cubre las calles de la ciudad celestial. Hemos tenido que echar por la borda la vieja cortante distinción entre el cuerpo y la mente. Sabemos ahora que todo pensamiento reverbera a través del cuerpo, y que, por otro lado, las alteraciones de nuestra condición física afectan toda nuestra actividad mental. La eliminación insuficiente de los desperdicios y de los productos gastados del cuerpo pueden traernos aparejada una melancolía, y unas pocas bocanadas de monóxido nítrico o de éter pueden exaltarnos hasta el séptimo cielo del congelamiento supremo. Por otra parte, una palabra o pensamiento repentino puede hacer saltar nuestro corazón, detener nuestra respiración o hacernos vibrar de extremo a extremo. Se ha extendido últimamente toda una escuela de psicólogos — los llamados "comportacionistas" — que concentran su atención en nuestros actos, más bien que en nuestros pensamientos, como índice seguro de nuestro carácter y naturaleza. Los fisiólogos están sumamente ocupados tratando de establecer la relación que existe entre nuestra conducta y los diversos productos químicos del cuerpo. Estos dos grupos de investigadores parecen considerar la mente consciente como algo de importancia muy secundaria. Los freudianos y los psicólogos analíticos, en

general, la ven casi como una víctima desamparada en el mar de lo inconsciente que se agita por debajo de ella.

Si hemos de llegar un día a entender al hombre, su conducta y razonamiento, y si aspiramos a guiar su vida y sus relaciones con los semejantes más felizmente que hasta ahora, no debemos descuidar los grandes descubrimientos recientemente expuestos más arriba. Debemos reconciliarnos con las concepciones noveles y revolucionarias de la mente, pues es evidente que los viejos filósofos, cuyas obras determinan aún nuestras impresiones corrientes, poseían una noción muy superficial del tema que trataban. Pero dentro de nuestros propósitos y guardando, sin embargo, ciertas consideraciones para lo que acaba de decirse y para lo mucho que se ha dejado necesariamente sin decir (y con indulgencia para aquellos que, de primera intención, se inclinan a disentir con este proceder), hemos de considerar por ahora a la mente como inteligencia y conocimientos conscientes más que todo, como lo íntimo nuestro que debemos conocer y la actitud que debemos guardarle — nuestra disposición para aumentar las informaciones, clasificarlas, criticarlas y aplicarlas.

De la animalidad a la civilización.

En la mente de los hombres civilizados hay cuatro capas históricas: la mente animal, la mente infantil la mente salvaje y la mente civilizada tradicional. Somos todos animales y nunca dejamos de serlo; hemos sido todos unos niños en nuestra edad más impresionable y nunca podemos sobrepasar esa etapa; nuestros antepasados vivieron en el salvajismo durante prácticamente la total existencia de la raza, digamos quinientos mil o un millón de años, y la mente primitiva está siempre con nosotros; finalmente, hemos nacido todos a una civilización compleja, a cuya presión no podemos escapar. Cada una de estas capas mentales estratificadas tiene sus ciencias propias y su bibliografía adecuada. La nueva disciplina científica conocida con el nombre de psicología animal o comparada, se refiere a la primera; la psicología genética y analítica a la segunda (1); la antropología, la etnografía y las religiones comparadas, a la tercera, y la historia de la filosofía, la ciencia, la teología y la literatura a la cuarta.

Podemos crecer más allá de estas capas mentales estratificadas y, a la luz de nuevos conocimientos, podemos llegar a criticar sus resultados y aún adularnos por haberlos trascendido con éxito. Pero si somos justos con nosotros mismos, hemos de encontrar que su poder sobre nosotros es realmente inexorable. Podemos solo trascenderlas artificial y precariamente en ciertas circunstancias sumamente favorables. La depresión, la rabia, el miedo o la irritación ordinaria probarán rápidamente la inseguridad de toda construcción que hayamos conseguido levantar sobre los cimientos de esos cuatro estratos. Preocupaciones tan fundamentales y vitales como el amor, la religión, la guerra y la caza agitan impulsos que vienen de muy hondo en la historia humana y que prácticamente obtienen casi siempre el repudio de todas las cavilaciones de la racionalización.

En todos nuestros ensueños y especulaciones, aún en los más exactos, sofisticados y desilusionados, conservamos dentro de nosotros tres desagradables compañeros que permanecen más unidos que hermanos y que miran siempre con celosa impaciencia: un chimpancé, un enfado y juguetón chicleo y un salvaje.

En cualquier momento podemos encontrarnos poseídos de un fuerte sentimiento de camaradería hacia uno o hacia todos estos viejos amigos nuestros y encontrar un alivio infinito en jugarrear una vez más con ellos como antaño lo hacíamos. Algunos de nosotros llevamos

además en nuestro interior un filósofo o literato griego; otros un místico neoplatónico, algunos un monje medioeval, todos los cuales han aprendido ya a entrar en arreglos con sus más viejos compañeros de juegos.

Es el propósito de los artículos subsiguientes evocar en términos generales el proceso por medio del cual en las personas llamadas inteligentes, ha venido acumulándose. Pero antes de terminar estas notas de introducción al tema podemos dedicarnos un momento a tratar de comprender qué es la civilización y por qué solamente el hombre puede civilizarse. Pues la mente se ha expandido pari passu con la civilización y sin la civilización no habría, puedo aventurarme a decirlo, una mente humana en el sentido comúnmente aceptado de este vocablo.

Se admite generalmente hoy por todos aquellos que han estudiado una variada evidencia y que se han emancipado de los viejos prejuicios que, si nos remontamos lo suficientemente atrás en nuestro linaje humano, llegamos a un punto donde nuestros antecesores humanos no tenían civilización alguna y vivían en cambio una vida sin lenguaje, vestidos, habitación, fuego y herramientas, similar en un todo a la de los actuales primates con los cuales estamos en un todo en estrecha relación zoológica. Este es uno de los hechos históricos más completamente sustentado y uno que no deberíamos de olvidar jamás en nuestras tentativas de explicar al hombre tal como es hoy. Todos nosotros hemos descendido de los animales inferiores. Además somos aún animales y poseemos no solamente un cuerpo animal, sino también una mentalidad animal. Y este cuerpo animal y esta mente animal son las bases originarias sobre las cuales forzosamente ha de alzarse aún la más sutil y refinada vida intelectual.

Con suma rapidez clasificamos de brutales a algunos de nuestros deseos más esenciales: el hambre y la sed, la necesidad del sueño y especialmente las ansias sexuales. Conocemos en nosotros mismos la ciega rabia animal, los golpes, las mordeduras, los rasguños, los aullidos y los gruñidos, el miedo irracional y las huidas ignominiosas. Compartimos nuestros sentidos con los animales superiores, tenemos ojos y oídos, nariz y lengua como ellos; corazón, pulmones y las demás vísceras y cuatro extremidades. Tienen ellos un cerebro que los deja bien colocados, aunque sus cabezas no son tan buenas como la nuestra. Pero cuando se piensa en la mente animal se encuentran aún muchos otros parecidos entre el bruto y el hombre.

Todos los animales aprenden — aún los más humildes de entre ellos pueden ganar algo de la experiencia. Todos los animales superiores demuestran curiosidad bajo ciertas circunstancias y es esta tendencia la que sirve de base a toda la ciencia humana. Porque, como lo ha dicho Veblen, la ciencia es la curiosidad desocupada; con esto quiere significar un interés despertado que busca gratificación como su propia recompensa. Más aún, algunos de los animales superiores, especialmente los monos, son muy dados al tanteo y a los ensayos. Son inquietos, fácilmente fastidiosos y espontáneamente experimentales. Por consiguiente hacen descubrimientos inconscientemente y algunas veces muy útiles asociaciones mentales. Si, por simple tanteo, un mono, gato o perro llega a dar con un camino para conseguir alimento, esta remunerativa línea de conducta se asocia fácilmente con el deseo de alimentarse. Es esta la razón por la cual Thorndike ha dicho que el aprendizaje es un proceso de "pruebas y errores". Podía haber sido igualmente llamado un proceso de "tanteos y éxitos", pues es el éxito lo que establece la asociación mental. Esta curiosidad innata que el hombre comparte con sus parientes zoológicos incivilizados, es el impulso que nos lleva a la especulación científica y filosófica, y es así como el tanteo original de un inquieto chimpancé deviene la ordenada investigación experimental de los tiempos modernos. Una criatura desprovista de curiosidad y sin la tendencia al tanteo no podría jamás haber desarrollado la civilización y la inteligencia humana.

¿Pero por qué solamente el hombre, de entre todos los animales, se ha hecho civilizado? La razón no es difícil de encontrar, aunque haya escapado a la mayoría de los escritores sobre esta materia. Todos los animales ganan un cierto saber con la edad y la experiencia, pero la experiencia de un mono no es aprovechada por los otros. El aprendizaje en los animales inferiores al hombre es individual, no cooperativo y acumulativo. Un perro no parece aprender de otro, ni un mono de otro, no obstante las equivocaciones tradicionales en esta cuestión. En los últimos años se han hecho muchos experimentos pacientes y parece haberse establecido perfectamente bien que el mono aprende haciendo monadas, pero que muy raramente o nunca aprende remedando. No aprende por imitación, porque no imita. Puede haber excepciones menores, pero el hecho de que los monos, no obstante, poseen una capacidad corporal casi humana, no lleguen jamás a civilizarse en el menor grado, parece mostrar que la acumulación de conocimientos o la destreza por medio de la imitación es imposible para ellos.

El hombre tiene los mismos órganos de los sentidos que los monos y el mismo extraordinario poder de manipulación. A esas cualidades esenciales se le agrega un cerebro lo suficientemente más desarrollado que el del chimpancé para permitirle hacer algo que el mono no puede hacer — esto es, ver las cosas lo suficientemente claras como para poder formar asociaciones por medio de la imitación. Podemos imaginarnos la forma por la cual el hombre, sin saberlo, tomó uno de los primeros pasos más fundamentales y audaces en el camino de la civilización. Algún inquieto salvaje primitivo pudo haberse encontrado sacando una astilla de la corteza de un árbol con la punta de una piedra o con una concha, para luego cortar la madera hasta hacerla terminar en una punta. Después pudo haberse puesto a espiar un animal y, casi sin razonarlo, lo acometió impulsivamente con ayuda de la astilla, descubriendo que esta penetraba en el cuerpo de la criatura. Si consiguió después conservar esos varios elementos en su situación respectiva, el afilar la madera y el saber usarla, llegó la invención: una ruda lanza. Un cierto curioso de aguda inteligencia pudo haber visto la escena e imitado el proceso. Si otros también lo hicieron y el hábito se estableció en la tribu hasta convertirse en tradicional y fué transmitido a las siguientes generaciones, el proceso de la civilización pudo haber comenzado — y también el proceso del aprendizaje, que no es otra cosa que el notar las distinciones y analizar las situaciones. Este simple proceso envuelve los "conceptos", como dicen los filósofos, de una herramienta, una corteza, una punta y un arma artificial. Pero habrían de pasar aún las edades sobre las edades hasta que el botánico dis-

tinguiera las varias capas que forman una corteza de árbol, o hasta que generaciones sucesivas de experimentadores llegaran a la idea de la bayoneta como medio de reemplazar a la flecha.

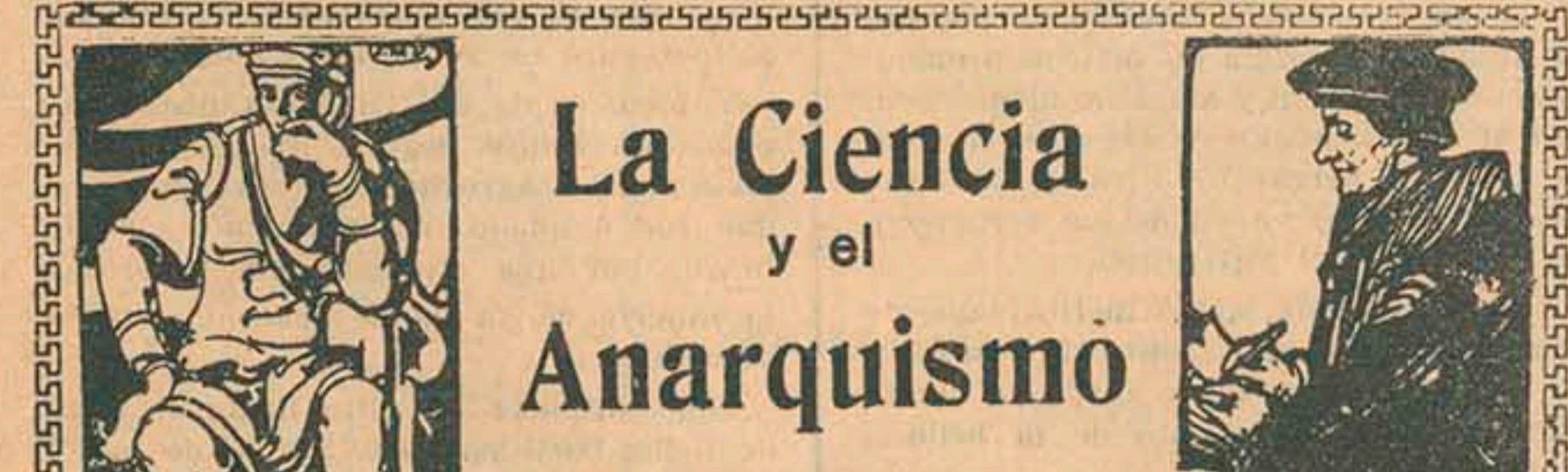
No tenemos forma alguna de conocer dónde ni cuándo se realizó la primera contribución a la civilización y por ello el comienzo en la ardua construcción de nuestra mente. Hay sobrada razón para pensar que los primeros hombres que trascendieron la mentalidad animal tenían una capacidad mental inferior a la nuestra, pero aún si el hombre, al surgir de su estado animal, hubiera tenido por lo general un cerebro tan complejo como el que hoy poseemos, es de sospechar que el extraordinariamente lento y azaroso proceso de acumular la civilización moderna no se hubiera acordado mayormente. La humanidad es letárgica, comprometible fácilmente en la rutina tímida, sospechosa de toda innovación. Tal es su naturaleza. Solo parcial, artificial y muy recientemente se ha hecho algo "progresista". La humanidad ha dedicado la mayor parte de su existencia a vivir como un cazador salvaje y en ese estado de ignorancia ella nos muestra en grande escala todas las inherentes debilidades de la mentalidad humana.

Continuando este trabajo se podría ver como algunas de las ideas y de las actitudes mentales de nuestros antecesores salvajes han continuado hasta nuestros días y así se llegaría a explicar la forma en que ciertos pensadores griegos pudieron escapar, por vez primera, en cuanto nos es dable conocer, de algunas de las ingenuas presuposiciones del salvajismo y del barbarismo, y cómo sus descubrimientos y nuevos métodos de pensamiento, así como también sus errores y puntos de vista equivocados, fueron añadidos a nuestra herencia intelectual.

James HARVEY ROBINSON

Traducción del inglés de EUTIDEMO

(1) Es imposible discutir aquí los resultados que promete un estudio verdaderamente honesto de la psicología infantil. Las relaciones del niño con sus padres y mayores en general y con el sistema altamente artificial de censura y restricciones que en su propio interés éstos imponen a los naturales impulsos del niño, deben seguramente tener una influencia permanente en las nociones que éste continúa poseyendo cuando adulto en todo aquello que se refiere a sus "superiores" y a las instituciones y mores bajo las cuales ha sido llamado a vivir. Solo tendrán éxito nuestras tentativas por ganar una libertad intelectual en la vida posterior cuando comencemos pensando en los orígenes infantiles de una buena parte de nuestras razones reales.



La Ciencia y el Anarquismo

(C) La civilización judía.

La oscura y pequeña tribu de los Semitas, que no tuvo nunca ni arte, ni ciencia, ni industria, juega, sin embargo, por las religiones a que han dado origen sus creencias, un rol importantísimo y capital en la historia del mundo.

Porque las religiones surgidas de los semitas, completamente nulas de valores científicos, promovieron las más horribles masacres entre las naciones, sobre todos los campos de batalla del Oriente y del Occidente.

El menos semita de los semitas fué el fundador del cristianismo. La gran concepción de caridad universal y el

sombrio pesimismo, que ya lo había predicado Budha 300 años antes, no tenía nada de semítico.

Y a pesar de todo el racionalismo moderno, Europa es todavía una gran cristiana.

Sin embargo, los mitos adoptados por el Occidente civilizado no son mitos semitas, sino mitos caldeos transformados por el alma simplista de los judíos.

Nunca el pueblo judío ha aportado ayuda alguna a la civilización; durante su larga historia no aportó sino un libro: El antiguo Testamento que no trata sino de visiones de locos y de historias sangrientas u obscenas.

La Arabia central fué la cuna de los

Un apóstol del ideal comunista libertario Sebastián Faure

Su vida. — Su obra. — Su apostolado

II

La crisis religiosa

Sebastián Faure tiene 65 años. Es descendiente de una antigua familia burguesa y profundamente católica de Saint-Etienne, (1) la ciudad de las "gueltes noires" que ha llegado a ser el feudo electoral de Briand.

Desde su nacimiento, una pesada herencia de misticismo religioso pesa sobre él. Su alma infantil se desarrolla en el corazón de ese Foréz, cuyas entrañas ocultan tantas fuerzas latentes acumuladas, en el curso de milenios geológicos, por el sol, y que centenaes y centenaes de pobres diablos están forzados a extraer sin descanso, con el sudor de sus frentes, para asegurar el pan de todos y para embellecer la existencia de unos pocos.

Creció entre esos paisajes extrañamente montañosos, que, después de sonreír en

las verdes praderas donde murmuran claros arroyos, muestran más lejos la austeridad de pendientes barrancosas, que ni las flores de la retama ni del brezol alcanzan a alegrar, para ensombrecerse francamente, por aquí y por allá, bajo el manto casi negro de sus bosques. País curioso, inquietante, donde al lado del proletariado de la mina hace tiempo consciente, y en tren de emancipación, vive una masa de campesinos siempre dócil y sumisa a las viejas fuerzas del pasado; y que todavía se inclina bajo la mano del cura, aún todopoderoso. País intensamente pintoresco y medioeval, donde entre esos miles de aldeas y chozas, a veces hundidas en pozos profundos, otras aferradas en las pendientes de las colinas, millares de ricas iglesias levantan hacia el cielo la insolencia de sus campanarios.

País bizarro y atormentado, que Barbey d'Aurevilly cantó, y donde el fogoso novelista católico gustó colocar, en una de esas aldeas profundas, sin sol y dormidas sobre el pasado, uno de los dramas de amor y misticismo religioso más sombrío, uno de los más angustiosos que hayan jamás desecho la vida de una antigua fa-

semitas que pertenecen a la misma raza de los asirios y los árabes.

Los israelitas se fijaron en el valle del Jordán. Su espíritu mercantil y su genio de los negocios se formaron en ese momento, porque allí ellos veían sus rutas incansablemente ocupadas por convoyes que transportaban las riquezas de las civilizaciones egipcia y asiática.

El clima de la Palestina era favorecido: viñas, olivares, higueras y todos los árboles frutales se desarrollaban a maravilla.

Los israelitas fueron siempre nómadas, y refractarios a las artes. Su verdadera patria era el desierto. Fué gracias a él que los semitas crearon un Dios lejano, majestuoso y eterno.

El grupo semita de los Beni-Israel reconocía un antecesor único: Jacobo o Israel, descendiente a su vez de Abraham, que fué el primero de su raza que había dejado la Caldea.

Los descendientes de Jacobo que habían ido a Egipto y eran tratados como esclavos, aprovecharon un período de turbulencias para salvarse. Atravesaron el mar Rojo. Pronto, sin embargo, hambrientos, se rebelaron contra su jefe: Moisés. Este, para volverlos a la obediencia, en el Sinaí, aprovechando una tempestad, desapareció hábilmente y volvió pretendiendo traer las órdenes del Dios de su tribu. Pero, a pesar del subterfugio, no pudiendo alimentarlos la especie de isla del Sinaí, partieron hacia el norte en dirección del Jordán.

Llegados a la Palestina, de nómadas se hicieron sedentarios. A este momento se refiere la leyenda cuando habla de pueblos pasados a cuchillo, de los muros de Jericó derrumbándose al son de las trompetas, de Josué deteniendo al sol para continuar la carnicería.

Con el rey Saul, los israelitas, que hasta entonces no habían formado sino clans, se transformaron en una nación. Le sucede David, y Jerusalem se convierte en la cabeza de Israel. Después vino Salomón.

En fin, en el año 586, Nabucodonosor, el poderoso soberano de Babilonia, se apodera de Jerusalem, la destruye completamente y se lleva a los judíos en cautividad.

Bajo la dominación persa reconstru-

yeron nuevamente a Jerusalem, pero en el año 70, Tito tomó a Jerusalem, la hizo quemar y los judíos se dispersaron. En ese momento nació el iluminado cuyo nombre hace 2000 años reina en el Occidente. Ese oscuro obrero galileo iba a llegar a ser un dios temible.

El pueblo judío permaneció siempre agricultor y pastor. No tenía industrias. Negociaba los frutos de su tierra en Fenicia contra muebles, joyas, armas, maderas y marfil.

Los israelitas cultivaron la música; practicaban la esclavitud; la solidaridad de los miembros de la raza judía es algo notable.

La poligamia estaba bastante extendida; los criminales eran juzgados en nombre de la colectividad; el atentado a la propiedad era un hecho grave castigado muy severamente.

La sociedad judía fué una organización patriarcal con los gustos, los vicios y las supersticiones de las ciudades asiáticas ya muy viejas.

El dios de los judíos de ahora, es el mismo que el de los cristianos, pero no se asemeja en nada al Jehovah del Sinaí.

La creación del mundo en seis días proviene de la antigua cosmogonía babilónica. Jamás el espíritu simplista de los semitas hubiese encontrado semejante concepción.

Su Jehovah, según los preceptos que dicen ha dictado él al pueblo judío, es un dios sanguinario.

Las obras literarias del pueblo judío son: El antiguo Testamento, Los Jueces, Los Reyes, Las Crónicas, Los más caberos, y las novelas; Judith, Ruth, Tobía, Esther y, en fin El cantar de los cantares; además algunas obras morales: Los Proverbios, El Eclesiastés, La Sabiduría.

El Eclesiastés es el libro de las negaciones, de la desesperación.

El libro de Jacobo es un libro del renunciamiento que debe buscarse y comprenderse, es el libro de la sumisión.

Los poetas fueron numerosos y cantaron sobre todo a la humilde carpa y al templo soberbio. Han aumentado así el total de los sueños en los que aún se mece la humanidad.

S. FAURE.

milia y torturado el alma de una inocente criatura.

Fué de ese ambiente, donde desde el Angelus matutino hasta el del crepúsculo, se vive con los ojos puestos en el dulce crucificado, que el joven Sebastián Faure partió para ir a estudiar con los jesuitas.

Era todavía un niño y por lo tanto su cerebro no había sido iluminado sino por vagas claridades místicas. Como Renán, dejando la casa paterna de Treguier por San Sulpicio (colegio de jesuitas), tenía la frente todavía húmeda por los besos de un padre piadoso y de una madre ardentemente devota: sus ojos, que aún no habían visto nada de la vida, brillan con un éxtasis enfermizo y en su oído susurran sin tregua, con toda su enternecedora ingenuidad, los ecos de los cánticos sagrados. Y la empresa, podría decir el modelado jesuita comienza. Se anunciaba fácil; nunca pasta más maleable se ofreció a los manos expertas de los discípulos de Loyola.

Estaba todavía caliente el sello maternal y maravillosamente trabajado por la levadura del misticismo ancestral.

Y los años pasaron, ocupados en la oración y la meditación, llenos también por fuertes estudios greco-latinos y hagiológicos, propios para afirmar la vocación. El alumno daba a sus maestros las más bellas satisfacciones. Era dulce, dócil, entusiasta por las cosas sagradas, llegaría a ser santo; su inteligencia, alerta, flexible, asimilaba la lección más árdua tan fácilmente como la abeja el jugo de las olorosas flores, llegaría a ser un jesuita ilustre; su verba, sobre todo, se anunciaba fácil, armoniosa; se haría de él un elocuente predicador...

Y casi llega a ser así, puesto que Sebastián Faure pasó los umbrales del noviciado.

Si, un paso más, y una bella inteligencia, detrás de tantas otras, iría a hundirse para siempre en la profunda noche de Jesús. Pero he aquí que la hora del despertar ha sonado; fuerzas vivas, energías latentes que desconciertan a los psicólogos más sutiles y a los más penetrantes, han luchado entre ellas en el misterio de lo sub-consciente. Una a una van cayendo las vendas, bajo las cuales, sacerdotes más hábiles que los embalsamadores del antiguo Egipto, han momificado a la Razón. De ella salen resplandores y les llegan a través del velo opaco, tan pacientemente tejido a su alrededor, en las tinieblas de la tumba.

No existe prisión mística, por más bien guardada y bien cerrada que esté; no hay puertas ni clausuras convencionales, así sean mazizas, a través de las cuales no termine por penetrar un rayo del espíritu del siglo, un poco de esa clara luz que emana del cerebro humano, siempre enamorado de la causalidad y en perpetuo trabajo de emancipación. Se necesita entonces poco para que se anime la momia a la cual el sacerdote creía haberle asegurado el sueño eterno: la lectura de un libro prohibido, una conversación sobre él, durante las vacaciones, con un amigo, que procurará otros más documentados y decisivos y he ahí que la noble prisionera, en adelante, se ahogará en su tumba, en esa tumba que poco antes todavía le pareciera un lugar de delicias embalsamado de olores celestes y donde brillaba, radiosa e immarcesible la divina antorcha de la vida.

He aquí lo que le sucedió a Sebastián Faure durante el curso de su noviciado en la Compañía de Jesús. Y la gran crisis comienza...

* * *
¡Ah! esta crisis religiosa que hizo víctima a Sebastián Faure, otros, entre los más eminentes de nuestros contemporáneos, la han sufrido también, casi en las mismas horas de la vida, en las mismas condiciones que él y como él, después de indecibles sacudidas morales y físicas, salieron de la lucha victoriosos, decididos a combatir hasta el último aliento al gran Error místico, al cual estuvieron por sucumbir, y que desde siglos mantiene a las masas bajo el yugo de las cobardes resignaciones!

Además de Renán, cuya apostasía cuenta entre los grandes beneficios intelectuales del siglo difunto, citaré, por haberlos conocido personalmente y hasta

por haber recibido, en ciertos momentos, algunas de sus confidencias: a Clovis Hugues, el dulce poeta socialista que, hasta su muerte, fué ingenuo como el pueblo que él amaba tanto; Ledrain, el sabio hebraizante que, hace 35 años, acogió mi primer libro en lo del gran editor del pasaje Choiseul y que partió del Oratorio para ilustrar en el Louvre la cátedra de Asiriología; en fin, el gran novelista Fernando Fabre que fué amigo de mi familia, habiendo nacido a la sombra de un campanario vecino al mío.

De esos tres mayores, sé que no hay, que no puede haber en la vida interior de un hombre, drama más desgarrante ni angustioso. Y por esto adivino, más bien, sé, lo que ha probado, lo que ha sufrido Sebastián Faure en esa hora decisiva de su vida.

Yo no olvidaré jamás a Clovis Hugues, un día que se discutía en la Cámara de diputados no sé qué ley antirreligiosa, a la cual él apoyaba con su oratoria elocuente. Un realista, cuyo nombre olvidé, le grita este epíteto, que él creía atrocemente injurioso: "Defrogné! (es decir, fraile que ha colgado los hábitos). Hugues se interrumpió, palideció un poco y mirándolo bien en la cara, con la voz llena de emoción tranquila y de cólera contenida, le respondió simplemente: "¡Imbecil!"

—Si, imbecil, decía algunos instantes después, todavía emocionado, imbecil; no hay otro epíteto para calificar a seres tan obtusos, tan bárbaros y que jamás comprenderán lo que ha costado de esfuerzos, de sufrimientos y de virilidad, la emancipación integral de un cerebro, la liberación completa de un alma modelada, desde la más tierna infancia, por la mano del cura, tenaz, hábil y paciente..."

Y mirando entonces, vi que tenía una lágrima pronta a deslizarse...

¡Y Ledrain! ¡mi viejo y lamentado amigo! Obligado por sus delicadas funciones de "lector" a velar por el buen nombre literario de una gran firma editora, entonces célebre, cuántas veces oyo lanzarse el mismo epíteto, a menudo reforzado, en la misiva de un joven autor rechazado. Y cada vez, como Claudio Hugues, palidecía; indiferente a las más largas injurias, no lo fué nunca a aquella.

Un día, en los "cinco a seis" de Alfonso Lamierre, donde se me hacía el honor de admitirme, y donde alrededor de Leconte de Lisle, se reunían Paul Bourget, Edmundo Goncourt, León Cladel, Anatolio France, de Heredia, Francisco Fabié, Augusto Dorchain, y otros más, actualmente desaparecidos y para quienes la gloria no será ni el "Sol de los muertos", el autor de *Bouscassier* y de *Fête votive* contaba, con su fuerte voz roca-losa, una historia de su Querrey rocoso. Cerca de él estaba ese día Barbey d'Aurevilly que, con el sombrero sobre la oreja, el talle fino todavía combado bajo el jubón de corte Luis XIV, escuchaba con atención.

Entra Ledrain, con su aspecto tímido de hombre de iglesia, del cual no se deslizo nunca. Cladel, que lo amaba mucho, interrumpe para tenderle la mano.

¡Toma! ¡he aquí al apóstata!... rezonga bastante fuerte el padre de las *Dia bóticas*, que no podía sentir al ex religioso.

Ledrain se extremece, ajusta con mano temblorosa su binóculo, y con voz absolutamente firme:

—"Señor, le responde, mi apostasía tiene cien veces más valor moral que vuestro catolicismo, del cual sacáis tanto provecho."

Barbey d'Aurevilly se quedó mudo. Y los que rieron no estuvieron de su parte, pues la mayoría se sentían un tanto escépticos sobre la sinceridad de sus convicciones religiosas y del ultramontanismo del cual se había erigido en paladín.

Una vez, en un dulce crepúsculo de septiembre, estábamos sentados tomando el aperitivo, en la terraza del *Napollain*. Ledrain había recibido en su correo una de esas cartas bajamente rabiosas de las cuales hablé más arriba, en la que, un cualquiera, aprendiz novelista psicólogo, cuya obra maestra había sido rechazada por él, le lanzaba la injuria tradicional.

Me la muestra antes de romperla.
—¡Ah! murmura; cómo me complace de esos simples de espíritu! ¡Cómo

diablos, con semejante mentalidad, podrá ver claro en los engranajes secretos de la inteligencia y los arcanos del corazón humano!..."

—Pero, ¿por qué, entonces, le dije, no consagra usted un libro a esta temible crisis religiosa que ha atravesado victoriosamente, para hacer comprender el alto y doloroso alcance moral a esos bárbaros, a esos beocios?"

—¡Eh! mi amigo, me repuso, lo he soñado a menudo, he tomado la pluma algunas veces, pero la deponía enseguida, pensando que Renán había escrito sus *Recuerdos* y Fernando Fabre: *Mi vocación*.

Y yo aprobé su abstención pues había leído y releído *Mi vocación*, cuyo autor era mi compatriota, como dije. Su familia había vivido íntimamente con la mía; antes de entrar al seminario de Saint-Pons, después en el gran seminario de Montpellier, había correteado bajo los castaños del Escardogue, donde había de corretear yo mismo más tarde; había trepado cogiendo naranjas y moras, persiguiendo a los mirios, donde treinta años más tarde, se ha desarrollado mi infancia. Tendría trece años cuando vi, entre los mos, su dulce y buena figura, que conservaba aún los rasgos de un seminarista apacible y aplicado; oí su voz, que conservaba llena de unión apoyada por un gesto sacerdotal, cantano los asperos debuts de su batalla literaria que empezó a librar con *Los Curbezón*, incomprensidos, después, un poco más tarde, el gran éxito del *Abate Tigrane*, que vino, al fin, a recompensar su dura labor. Antes de hacer ese maravilloso libro que se llama *Mi vocación*, él nos había contado el drama moral que revolucionó su alma en el momento que sacudía el polvo de sus sandalias en el umbral del gran Seminario de Montpellier, y yo comprendía, en consecuencia, el descorazonamiento de mi viejo amigo Ledrain ante esa obra maestra que, sin embargo, ha quedado ignorada.

En cuanto a la crisis religiosa por la cual pasó Renán, al salir del seminario de San Sulpicio, para escribir los *Orígenes del Cristianismo* y la *Vida de Jesús*, yo no creo que existan en ninguna literatura páginas más bellas que las que él escribió en *Recuerdos de infancia y juventud* para describir las angustias de su alma y los trances de su espíritu. Para comprender bien lo que fué esa crisis y lo que debe ser en toda alma bien nacida, es necesario leer y releer los capítulos consagrados a *San Nicolás de Chardoner*, al *Seminario d'Issy*, a *San Sulpicio* y a los *Sulpicianos*.

Por mi parte, hace tiempo que me sé de todo corazón la Oración sobre la Acrópolis, que aprendí en el mismo adorable opúsculo. Sobre la orilla del mar latino, donde mi salud me obliga a concluir mis días, y donde escribo este estudio sobre Sebastián Faure, cuando el sol, antes de morir, acaricia los blancos promontorios de Provenza y lanza su última sonrisa al azul calmado de las olas, no tengo sino que cerrar los ojos un instante pra ver resurgir en su divina vetustez a las columnas del Parthenon.

Y entonces, mis labios instintivamente se agitan y mientras sobre mis cabellos con la ligera brisa de la tarde yo siento pasar el estremecimiento de la belleza, repito:

"¡Oh nobleza, oh belleza simple y verdadera! Deidad cuyo culto significa razón y sabiduría, tú, cuyo templo es una lección eterna de conciencia y de sinceridad, yo llego tarde al umbral de tus misterios; aporato a tu altar muchos remordimientos. Para encontrarte he necesitado búsquedas infinitas."

Y llegado al pasaje de Atenas ha puesto el eco armonioso y melancólico de sus angustias religiosas de antaño, más piadosamente todavía murmuro:

"...Sacerdotes de un culto extranjero, venido de los Sirios de la Palestina, cuidaron de mi educación. Esos sacerdotes eran sabios y santos. Me enseñaron las largas historias de Chronos, que ha creado el mundo, y de su hijo, de quien se dice que ha hecho un viaje sobre la tierra. Sus templos son tres veces más altos que el tuyo, oh, Euritmia, y semejan-

tes a bosques; solamente que no son sólidos; caen en ruinas al término de quinientos o seiscientos años; son fantasmas de bárbaros que imaginan que puede hacerse algo de bueno fuera de las reglas que tú has trazado a tus inspirados, oh Razón. Pero esos templos me gustaban; no había estudiado tu arte divino; en ellos encontré a Dios. Se entonaban cánticos de los cuales recuerdo todavía: "Salud, estrella del mar... reina de los que jimen en este valle de lágrimas", o sino: "Rosa mística, Torre de marfil, Casa de oro, Estrella matutina..."

"Mira, deidad, cuando recuerdo aquellos cánticos, mi corazón se funde, me vuelvo casi apóstata. Perdóname esta ridiculez que tu no puedes figurarte el encanto que los magos bárbaros han puesto en sus versos y cómo me cuesta seguir a la razón completamente desnuda!"

Más que este sacerdote del verbo, a quien nuestra literatura debe páginas que solamente Flaubert iguala, todavía más que Fernando Fabre, el buen novelista rústico, más que Ledrain, el desierto historiador de Israel, más, en fin, que el poeta Clovis Hugues, Sebastián Faure tuvo el mérito de salir victorioso de la lucha, de emancipar su inteligencia, de libertar su corazón.

—¿Y por qué? me diréis vosotros.

—Porque, en lo que concierne a Renán y Ledrain, ellos no tuvieron que vencer sino la influencia de los Oratorianos y Sulpicianos, sacerdotes tranquilos, casi exclusivamente dados a los estudios científicos, y de los cuales hasta los hay que se nos aparecen liberales bajo la pluma encantadora del autor de *Los Recuerdos*. Lo mismo para Clovis Hugues y Fernando Fabre, cuyo joven cerebro fué formado por sacerdotes seglares, en contacto constante y forzoso con el mundo, con el "Siglo" como dicen ellos, mientras que Sebastián Faure tuvo que sufrir el modelado de los jesuitas.

Ahora bien, nadie ignora lo que han sido en el pasado, y lo que son en el presente, estos incomparables manejadores de almas. Todo el mundo sabe que el sello, con el cual ellos marcan a los jóvenes cerebros, es considerado por algunos como imborrable. Y para darles la razón no tenemos sino revivir el asunto Dreyfus, y ver el rol que desempeñó su general, el R. P. Dulac.

Pensad también que el cerebro poderoso de Descartes conservó este sello hasta su muerte. Pensad, en fin, que su discípulo Aronnet, más tarde Voltaire, no llegó jamás a librarse de su recuerdo, y le fueron siempre simpáticos, pues, si no los defendió públicamente cuando fueron perseguidos, como lo pretendieron algunos, especialmente, si mal no recuerdo, Salomón Reinach en su Historia general de las religiones, por lo menos abrió, a algunos de sus antiguos maestros, un asilo seguro en su hermitaje de Ferney.

Y bien, es de ese yugo espantoso que Sebastián Faure llegó a libertarse completamente. Agreguemos, sin embargo, que fué ayudado materialmente cuando menos por una circunstancia dolorosa: la muerte de su padre acaecida en ese momento...

Hélo entonces en ruta hacia el ideal de todas las libertades. Salido de la Fé religiosa, es decir, de la Autoridad absoluta, marchará sin desmayos ni treguas para no parar sino en el anarquismo, es decir, en la negación misma de la Autoridad.

Vamos a seguirlo en ese peregrinaje apasionado a través de ese apostolado que dura desde hace 35 años. Por el camino apreciaremos sus acciones de apostol, con simpatía, sin duda, como merece todo esfuerzo humano desinteresado, pero con una simpatía que no excluirá ni la justicia ni la imparcialidad.

P. Vigné d' OCTON

(Continuará)

(1) Importante centro manufacturero, y sobre todo rico en yacimientos de hulla en el Departamento del Loira — Francia